LOS MENDIGOS DE ISIS (I)

por Bruce G. Bancroft

autor de «LA VENGANZA DE ISIS (II)»

Anoche he vuelto a oír el sonido del sistro. Alguien lo agitaba cadenciosamente desde la oscuridad, pero en cuanto encendí la luz y miré en derredor la vibración cesó y no pude ver a nadie. Me desperté creyendo que cerca de la cama había una serpiente que sacudía los anillos de su cola. En seguida me pareció que aquel tintinear metálico era producido por el entrechocar de las ajorcas presas en la garganta del pie de una bailarina sagrada. Pero unos segundos antes de que mis dedos oprimieran el pulsador de la luz comprendí que lo que llegaba a mis oídos era el sonido del sistro. Me levanté estremeciéndome de frío y, abandonando el dormitorio, pasé a la saleta inmediata. Sobre el tablero de la mesa reposaban las innumerables piezas del mosaico tal y como las había dejado antes de que el sueño me rindiera. Sé que si algún día logro recomponer la figura oculta y diseminada entre los incontables pedazos alcanzaré la paz que me fue arrebatada en las riberas del gran río, junto a las ruinas de Dar-el-Sakar.

* * *

Unos instantes antes de que el sol saliera abandoné las últimas chozas del poblado y, conduciendo el jeep por el sendero arenoso, me dirigí hacia las ruinas. A mi derecha se extendía el desierto, cuyas arenas se ondulaban como un aquietado mar. Medio kilómetro a la izquierda fluían perezosamente las aguas del río, y la vereda, zigzagueante y dubitativa, se aproximaba unas veces a los linderos del desierto y otras se dirigía rectamente hacia la orilla del Nilo, vacilando entre la sed abrasadora y la saciedad más absoluta. Mientras conducía a velocidad moderada sentí que mi alma, a semejanza del sendero, se hallaba también inmersa en un movimiento pendular, fluctuante entre la aridez de la razón y el desbordamiento del instinto.

Finalmente, el desierto y el río fueron aproximándose el uno al otro, y cuando solamente los separaba la línea del camino divisé en la lejanía las ruinas del templo de Dar-el-Sakar.

Abandoné el vehículo un centenar de metros antes de llegar y recorrí el resto del camino a pie, temeroso de que el ruido del motor ahogara el crepitar de la roca. Salió el sol y una suave brisa recorrió la llanura de Este a Oeste. Los rayos del astro rey comenzaron a caldear la gélida atmósfera, y la brusca transición desde el frío nocturno a la tibieza del amanecer hizo que las estatuas se quejasen rechinando sus dientes de roca.

Los campesinos de la aldea dicen que los inmensos colosos cantan al anochecer y al alba, y aunque los arqueólogos explican ese continuo crepitar como un sufrimiento de la roca, que acabará un día reduciéndose a montones de arena a causa de los cambios bruscos de temperatura, a mí me pareció que las hieráticas

imágenes se quejaban emitiendo crujidos cortantes como suspiros de reseca roca.

Entonces los mendigos fueron despertándose y, recogiendo sus harapientas pertenencias, formaron una silenciosa procesión que se alejaba camino de los suburbios de El Cairo, donde reclamarían con un silencioso gesto una limosna de los viandantes que les permitiera subsistir un día más.

Situándome a la vera de aquel silente desfile, cuyos componentes ni siquiera reparaban en mi presencia, escruté cuidadosamente la faz de todos los mendigos, tratando de localizar a Adriano, pero, a pesar de que su rostro permanecía grabado en mi imaginación, temí que la miseria y el lamentable aspecto a que aquellos hombres habían llegado me impidieran reconocer a mi cuñado.

Cuando la correspondencia comenzó a escasear y las llamadas telefónicas se interrumpieron, mi hermana empezó a preocuparse por la situación de su marido. Los celos iniciales hacia alguna desconocida aspirante a su corazón dejaron paso a una inquietud por su estado de salud y por su situación mental. Sus cartas, además de escasas, resultaban incoherentes y fragmentadas, propias de un hombre que se encuentra en los linderos de la perturbación mental. Finalmente, la correspondencia se interrumpió, y aunque ella intentó procurarse noticias a través del consulado y del Bureau des Recherches Archeologiques solamente recibió respuestas evasivas o medias palabras que la intranquilizaron más que una contestación cruda, pero sincera. Y temiendo por la seguridad de su esposo me rogó que viajara hasta la capital egipcia a interesarme personalmente por la situación de Adriano.

Ante la fundada inquietud de mi hermana tomé un avión que, tras hacer escala en Atenas, donde me avino una singular aventura que narraré en otra ocasión, me condujo a El Cairo.

Sin pérdida de tiempo me personé en el consulado, donde me dieron noticias inconcretas y me aconsejaron que me dirigiese a las Oficinas de las Excavaciones Arqueológicas. Allí me topé con otro muro de silencio y, pese a que una secretaria dejó escapar algo acerca de «los mendigos de Isis», no pude obtener otra información, por lo que, juzgando que lo más acertado era investigar por mi cuenta, abandoné la capital y me instalé en una aldea cercana a Dar-el-Sakar, donde debería hallarse el cuartel general de las excavaciones de aquella zona. Aunque a pocos kilómetros de los suburbios de la capital, las gentes de aquella aldea, campesinos en su mayoría, continuaban viviendo de un modo arcaico y tradicional, y gracias a las crecidas del río, antiquísimo padre de la zona, y a los trabajos de excavación, subsistían sin necesidad de otro tipo de recursos.

Apenas puse el pie en la aldea y con la ayuda de un comerciante, con el que me entendía en francés, me enteré de que Adriano formaba ya parte del inmenso grupo de pordioseros conocido como «los mendigos de Isis». Pregunté dónde podía localizarlos y el comerciante, hombre positivista al fin y al cabo, me respondió que, aunque él no creía en tales patrañas, no se me ocurriera acercarme de noche a las ruinas de Dar-el-Sakar, lugar donde presumiblemente se hallaba mi cuñado, y me explicó que los mendigos de Isis formaban una especie de secta y que, de algún modo, se creían iniciados y en contacto con los misterios del antiguo Egipto.

Ahora, cuando la inmensa procesión desfilaba ante mí, aunque sin reparar en mi presencia, mis ojos recorrían las demacradas faces de los pordioseros tratando de localizar a Adriano, pero el elevado número de mendigos me hizo temer que tardaría algún día más en dar con él.

En efecto, cuando los últimos componentes de aquella lamentable cofradía desaparecieron camino de los suburbios de El Cairo, adonde no llegarían hasta

pasado el mediodía, permanecí solo en las ruinas del templo hasta que las estatuas dejaron de quejarse y el sol iluminó por completo el paisaje.

Como no era cosa de esperar hasta el anochecer, momento en que la procesión iría convergiendo de nuevo en aquel lugar, hice un recorrido turístico por los restos de las edificaciones y, volviendo hasta el jeep, regresé a la aldea.

Aquella noche, en la habitación del modesto hotel donde trataba de conciliar el sueño, oí por primera vez el batir del sistro.

Tras dos horas de removerme en el lecho, privado de la tranquilidad ante la situación en que se encontraba mi cuñado, caí en un pesado sopor del que vino a sacarme un rítmico cascabeleo que en mis sueños tomé por el sonido que producen los anillos de ciertas serpientes. Pocos minutos después el metálico son recomenzó, y esta vez imaginé que era producido por el entrechocar de las ajorcas prisioneras en la garganta del pie de una bailarina sagrada.

A la mañana siguiente narré al comerciante lo sucedido, el cual, a pesar de su sentido práctico, adoptó una expresión de intranquilidad y entrando en su trastienda reapareció a los pocos instantes agitando un instrumento que producía el mismo sonido que yo había percibido durante la noche. Se trataba de un sistro, antiquísimo instrumento de percusión empleado ya por los antiguos egipcios en sus ceremonias religiosas.

Como yo afirmara que, en efecto, se trataba de un sonido idéntico, mi intérprete me aconsejó que lo más sensato era que abandonara la búsqueda de mi cuñado, que ya había caído en poder de aquella secta, y que regresara a mi país. Al parecer, en mi caso no era suficiente que me mantuviera alejado por las noches de las ruinas de Dar-el-Sakar, porque las fuerzas de la antigüedad, en las que, según confesión propia, no creía, deseaban tomar contacto conmigo a toda costa y se atrevían incluso a rondar mi aposento.

Sus palabras, debo confesarlo, hicieron mella en mi ánimo, y antes de que el sol iniciara el descenso que había de sumergirlo hasta el día siguiente en el transitorio sueño de la muerte, tomé el vehículo que había alquilado y me trasladé hasta las proximidades de Dar-el-Sakar.

Al filo del crepúsculo fueron llegando las avanzadas de la procesión de mendigos, pero, debido al semejante aspecto de muchos de ellos y a lo avanzado de la hora, desesperé de hallar a mi cuñado entre los grupos. Me dirigí a algunos en solicitud de información, pero nadie pareció entender el sentido de mis preguntas y se limitaron a extender la mano en demanda de una limosna. Había entre ellos representantes de diferentes razas y países, y, a pesar de lo desfigurado de sus rostros, podían adivinarse todavía sus distintas procedencias. La mayoría eran europeos o americanos. No vi más que uno o dos de rasgos orientales, y desde luego podría asegurar que ningún natural del país se encontraba entre ellos.

En parte por lo inútil de mi búsqueda durante aquella noche, y en parte por los consejos del comerciante, abandoné las proximidades de Dar-el-Sakar cuando ya el sol se hundía en las aguas del padre Nilo, y acuciado, temeroso, diría, por la inminente salida del astro en el que se encarnaba Isis, hundí el pie en el acelerador y rodé por aquel abrupto sendero a más velocidad de la que lo accidentado del suelo hacía aconsejable.

En el bar del pueblo algunos vecinos del lugar jugaban a las cartas en unas mesas situadas a cielo raso, y unos chiquillos alborotaban en la cercana plaza. Una vez que conseguí alejarlos, como todas las tardes, merced al reparto de algunas monedas, me senté en una de las mesas y solicité del camarero, que era el dueño del local al mismo tiempo, que me sirviera un refresco. Algunos de los jugadores de

naipes me miraron distraídamente, y uno de los que no participaban en el juego se acercó donde yo me encontraba y me saludó en una mezcla de inglés y francés, jerga aprendida sin duda mientras trabajaba de peón en las excavaciones patrocinadas por científicos de diversas nacionalidades.

Suponiendo que deseaba que le invitara, así lo hice, aprovechando la ocasión para obtener alguna información acerca de los mendigos de Isis y, circunstancialmente, de mi cuñado. Pero apenas había iniciado la dificultosa conversación y mencionado el tema que me interesaba, cuando la faz del lugareño se alteró y, diciendo algo en árabe que no comprendí, señaló la luna con los ojos y se retiró sin consumir la bebida a la que le había invitado.

Aquella noche tuve un sueño intranquilo y colmado de pesadillas. Alguien a quien la oscuridad me impedía ver agitaba el sistro desde uno de los rincones de mi habitación. El suelo estaba cubierto de serpientes que se retorcían atormentadamente, y muy lejos creí percibir las evoluciones de una bailarina sagrada. De pronto, superponiéndose al sonido del sistro, un murmullo fue elevándose desde algún lugar subterráneo. Una monótona melopea pronunciada por gargantas condenadas por siempre a la desesperación. Presté atención a las palabras cansinamente pronunciadas y escuché, dentro de lo que era posible comprender, la siguiente retahíla:

«No cometí ningún fraude contra los hombres, no atormenté a la viuda, no mentí ante el tribunal, no conozco la mala fe, no hice nada prohibido..., no hice padecer hambre, no hice llorar, no maté, no ordené la traición, no sustraje los panes de los templos, no robé las tortas de ofrendas a los dioses..., no alteré las medidas de los cereales, no usurpé en los campos..., no cacé con red las aves divinas, no pesqué los peces sagrados de sus estanques... ¡Soy puro, soy puro, soy puro!...»

Al despertarme comprendí que aquello que había llegado a mis oídos durante la noche era un fragmento del Libro de los Muertos.

Rápidamente, después de tomar un endiablado té en el bar de la fonda, me dirigí hacia las ruinas de Dar-el-Sakar. El sol ya había salido y la procesión de mendigos comenzaba a abandonar las proximidades del templo.

Situándome en un recodo del camino, desde donde podía contemplar el paso de aquellos desgraciados sin ser visto por ellos, me dediqué a la ardua tarea de intentar localizar a mi cuñado.

En más de una ocasión abandoné momentáneamente mi refugio, creyendo haberle reconocido, pero, tras avanzar unos pasos en dirección a uno de aquellos hombres, volvía a mi primitiva posición decepcionado por el error.

Finalmente le vi. Caminaba torpemente a causa de una dificultad que parecía sufrir en una de sus piernas. Su larga barba y su descuidado cabello ocultaban la casi totalidad de su rostro, y su cuerpo estaba cubierto por mugrientos harapos. Al hombro portaba una especie de bolsa o zurrón y colgado de ésta por medio de un cordel una escudilla metálica.

Al contemplar su aspecto se me saltaron las lágrimas y no pude evitar lanzarme al camino llamándole a gritos.

Cuando oyó pronunciar su nombre quedó suspenso unos momentos, pero después de mirarme brevemente reanudó la marcha. Yo me situé a su lado y repetí su nombre varias veces, así como también el mío y el de su esposa. Al escuchar el nombre de Mercedes una breve luz, que sólo duró un instante, iluminó sus ojos. Se dirigió hacia mí y cuando ya creía que extendía sus manos para darme un abrazo, sus palmas se abrieron suplicantes y solicitó de mi generosidad una limosna.

Como yo permaneciera perplejo y entristecido, él, sin dar muestras de saber

quién era, y con la resignación de quien está acostumbrado a presentar su mano para recogerla vacía la mayor parte de las veces, continuó andando cansinamente y se perdió entre la multitud de pordioseros.

Comprendí que sería inútil seguirle, y víctima del desconsuelo, me di cuenta de que su alma ya no le pertenecía. La había ofrendado, como toda aquella legión de desgraciados, a algún demonio de la antigüedad.

Decidido a descubrir el secreto que de aquella forma se apoderaba del espíritu de multitud de hombres, entre los que se contaba Adriano, fragüé un plan que seguramente me permitiría acceder al conocimiento del misterio sin ser subyugado por él, y dispuesto a llevarlo a cabo lo más pronto posible me puse en contacto con mi amigo el comerciante, que, tras unas vacilaciones iniciales, se decidió a ayudarme, siempre que yo le exonerara de cualquier responsabilidad que de lo arriesgado del proyecto pudiera deducirse.

Así pues, antes del anochecer, y cuando ya los mendigos habían regresado y se aprestaban a pasar la noche muy cerca de las ruinas del templo, a la espera de quién sabe qué misterio, el comerciante y yo, ocultos por unas lomas, nos fuimos aproximando a aquel lugar, y llegados a un punto desde donde podía contemplarse a placer el antiguo santuario, le rogué que me atara fuertemente al tronco de una de las palmeras que allí había.

En efecto, utilizando la cuerda que me había procurado a tal propósito, mi amigo fue ligando cuidadosamente mis miembros y mi cuerpo de manera tal que, al cabo de un buen rato, no me era posible moverme ni en modo alguno desatarme. Después, y deseándome suerte con lúgubre acento, partió presuroso, pues ya se había puesto el sol y la luna se anunciaba en el horizonte por medio de un tenue resplandor.

De aquella guisa, voluntariamente prisionero, permanecí durante varias horas, y ni por un momento se me pasó por la imaginación que la situación en que me hallaba me impediría huir en el caso de que fuera necesaria una veloz retirada. No sé por qué tenía la certeza de que, al igual que aquel héroe de la antigüedad griega, sólo necesitaría protegerme de mí mismo e impedirme avanzar ciegamente hacia lo que con toda seguridad podría ser mi perdición.

A eso de las dos de la madrugada, cuando la luna se encontraba en el cenit, comencé a oír un murmullo procedente de los yacientes mendigos, que, convocados por algo que de momento no pude percibir, abandonaron sus miserables yacijas y se aproximaron a cierta zona de las ruinas.

El desmayado resplandor lunar se hizo más fuerte y sus rayos bañaron la llanura con tal intensidad que creí que algún fenómeno cósmico de naturaleza desconocida iba a tener lugar dentro de algunos instantes.

El murmullo fue cediendo el paso a un general quejido, que igual que una plegaria suplicante se elevó desde los cientos de gargantas hacia el astro nocturno, en el que parecía reunirse todo el amor y todo el horror del mundo.

De pronto se escuchó un ruido subterráneo semejante al que se produce con ocasión de un seísmo y a continuación se hizo un silencio absoluto.

Muy poco a poco, emergiendo de las profundidades de la tierra, comenzó a escucharse un cascabeleo metálico que no me era desconocido. El sonido del sistro se fue haciendo más nítido y sentí que al conjuro de aquella vibración se helaba la sangre en mis venas.

Surgiendo como sombras demoníacas por una de las puertas que yo sabía pertenecía a una cámara ruinosa sin más salida que aquélla, aparecieron cuatro siluetas que al instante identifiqué como sacerdotes del antiguo Egipto debido a los

atuendos con que se ataviaban.
A la vista de aquellos misteriosos personajes la masa de mendigos retrocedió ligeramente. No obstante, al hacerse más claro y argentino el sonido del sistro que alguien agitaba al aproximarse a la superficie, todos ellos volvieron a sus posiciones primitivas. De sus gargantas volvió a elevarse el agónico quejido que fue transformándose en un suspirar anhelante, mientras el agitarse del sistro se oía tan cerca que me zumbaban los oídos a pesar de que me encontraba a una distancia respetable de las ruinas.
En aquel momento surgió a la superficie la hija de Isis.
Apareció hierática en la puerta de la cámara. La luz de la luna la envolvía en un halo al incidir sobre los sutiles velos con que cubría su cuerpo. Sus ojos, perfilados con negrísimo khol, destellaban en la semipenumbra en que los sumía su peluca de azabache. Sus labios, ligeramente entreabiertos, eran una ardiente invitación al amor más desesperado. Sus breves senos se adivinaban bajo la gasa transparente que caía en pliegues inundando sus muslos. Sus pies desnudos eran como dos palomas en tierra blanqueados por el resplandor lunar. Uno de sus brazos se desmayaba lánguido a lo largo de su cuerpo y el otro, doblado en ángulo recto, adoptaba una postura ceremonial. El metálico sistro temblaba en su mano de nácar, y al agitarse era como si ríos de plata inundaran la noche.
La hija de la luna dio un paso hacia delante y sus ojos negrísimos se clavaron en la multitud de aquellos que por ser sus esclavos habían adoptado la condición de mendigos para el resto de sus vidas. Parecía buscar a alguien. Seguramente al afortunado que aquella noche, que no se producía sino de tarde en tarde, obtendría de ella la recompensa a su renuncia.
De los pechos de todos los mendigos surgió un quejido y la mayoría de ellos elevó sus manos de forma suplicante, deseando ser el elegido, pero la misteriosa mujer, dejando resbalar su mirada sin posarla en ninguno de los que le rogaban, alzó ligeramente su rostro y miró hacia donde yo me encontraba, y acto seguido me señaló con el sistro queriendo significar que yo era el escogido.
Todos los rostros se volvieron hacia mí, que, presa de un furor ciego, me retorcí las manos intentando desatar las ligaduras que me ataban a la palmera. Forcejeé durante largo rato, pero mis instrucciones habían sido tan fielmente cumplidas que no puede librarme de las ataduras. Me desesperé, gemí, supliqué que me desataran, y de mis muñecas brotó la sangre al contacto con la áspera fibra de esparto que las ceñía. Finalmente lloré consternado por no poder acudir a la llamada de aquella que ya se había convertido en mi dueña, la cual, viendo la voluntaria situación en que me hallaba y las precauciones que había adoptado para no entregarme a su dominio, me lanzó una mirada satánica y, abandonando las ruinas del peristilo, se sumergió en las sombras acompañada por los sacerdotes que le habían servido de escolta.
Tras unos instantes de silencio comprendí que mi situación era crítica. Los mendigos de Isis, brutalmente contrariados por la elección de su señora, la cual me había preferido sobre ellos, furiosos además porque mi obligada renuncia había provocado la ira de la aparición y su posterior desvanecimiento en las profundidades de la tierra, comenzaron a avanzar amenazadoramente hacia donde yo me encontraba. Me rodearon formando un círculo y me miraron con rencor.
Entre ellos descubrí a mi cuñado, en cuyos ojos brillaba el odio más terrible. Separándose de sus congéneres se fue acercando hasta donde me encontraba, y de súbito se lanzó sobre mí golpeándome salvajemente. Unos cuantos más siguieron su ejemplo y fui sometido a una paliza feroz, sin que pudiera defenderme en modo

alguno. Creo que solamente debo agradecer el estar todavía con vida a las escasas fuerzas de los debilitados pordioseros.
Al cabo, dejándome por muerto, emprendieron su peregrinación hacia los suburbios de El Cairo cuando ya el sol apuntaba en el horizonte.
En aquel lamentable estado me encontró mi amigo el comerciante, al que debo agradecer la posterior recuperación de las heridas que cubrían mi cuerpo, aunque nada pudo hacer por la honda llaga que desde aquella noche lacera mi alma.

Al cabo de una semana, ya convenientemente recuperado, me propuse hacer una visita a las ruinas de Dar-el-Sakar en busca de quien desde aquella noche se había apoderado de mi ser, y a fin de preservar mi integridad decidí que me acercaría al antiguo templo al amparo de la luz del día.
Puse en conocimiento de mi amigo el comerciante mi intención, y él, temeroso de que hubiera perdido el juicio y extrañado de que todavía no me hubiera unido a la miserable cofradía de mendigos, me advirtió que si la permanencia en las proximidades de Dar-el-Sakar era peligrosa durante la noche, la detallada visita a los subterráneos del templo, pues tal era mi propósito, no era menos arriesgada. Afirmó también que la noche es maestra en engaños subyugantes y que la luz del día puede hacernos descubrir la verdad de los hechos, que frecuentemente es más amarga y menos amable que la ilusión que las sombras nos han proporcionado. A pesar de todo lo cual, tomando el jeep me dirigí hacia Dar-el-Sakar.
El río y el desierto, apenas separados por la estrecha franja del camino polvoriento, eran como las dos vertientes de lo que en adelante iba a ser mi vida: un vaivén constante entre la amargura y la aridez más extremas, y la más completa saciedad lograda al evocar el recuerdo de aquella que ya se había convertido en mi dueña.
Una vez en las ruinas, y habiéndome cerciorado de que estaba solo, me aproximé con cierto temor a la puerta por donde había visto surgir y posteriormente desaparecer al misterioso cortejo. Tras el dintel no había sino una cámara ruinosa que recorrí rápidamente, permaneciendo confuso al comprobar que nada daba indicios de que tras aquellos muros hubiera algo más que arena. Pero cuando ya comenzaba a desesperar me di cuenta de que uno de los grandes bloques de piedra que constituían los muros parecía haber sido removido. Acercándome a él lo empujé suavemente, y cuál no sería mi sorpresa cuando, sin mayor esfuerzo por mi parte, cedió a la leve presión de mi mano, abriéndome paso hacia una galería subterránea.
Sin vacilar, atravesé aquella improvisada puerta y me hallé en un oscuro corredor, cuyo fondo no me era posible vislumbrar. Avancé por él a tientas hasta que, comprendiendo que no me sería posible continuar la exploración a oscuras, decidí regresar al coche, de donde regresé con una linterna.
Al transponer la puerta situada al fondo del pasillo ingresé en una nueva cámara que no parecía haber sido violada jamás por los ladrones de tumbas, puesto que estaba repleta de objetos funerarios de gran valor y sus paredes aparecían adornadas con pinturas y jeroglíficos cuyo desciframiento me fue imposible llevar a cabo a pesar de poseer una rudimentaria idea de aquel tipo de escritura.
Atravesé una nueva puerta, y un nuevo corredor, esta vez de suelo mucho más inclinado, me condujo a un nuevo aposento.
Al iluminar la oscurísima estancia un escalofrío me recorrió de pies a cabeza. Cuatro túmulos flanqueaban las cuatro esquinas de aquella que sin duda era una cámara funeraria, y en el centro de la sala se elevaba un quinto sarcófago, mucho

más rico que los cuatro que lo rodeaban.
Sin pensar que en cualquier momento podía levantarse la tapa de los ataúdes en los que con toda certeza yacían los cuatro sacerdotes que aquella noche me fue dado contemplar, me aproximé al féretro central y en aquel momento una fiebre de anhelo y de deseo hizo temblar todo mi ser. Allí debía de yacer la espantable y a la vez hermosísima hija de Isis. Tenía que estar tan sólo adormecida y quizá esperando mi visita, puesto que mi humilde persona había sido elegida por ella para brindarme su amor más allá de lo humano.

Tanteé con las manos el borde de la tapadera del sarcófago y, desplegando toda la fuerza de que era capaz, la levanté lentamente a causa de su gran peso. Apenas se había abierto una rendija sentí que me abandonaban las fuerzas. Oí el sonido del crótalo. Pero sacando fuerzas de flaqueza continué levantando la tapa del sarcófago, la cual, resbalando aparatosamente, vino a caer en tierra con gran estrépito, derribando la linterna que iluminó torvamente uno de los cuatro túmulos que rodeaban a aquel que yo acababa de violar.

Muerto de terror y de esperanza, aturdido mi ser por el metálico sonido del sistro, me incorporé portando la linterna y lancé su haz de luz sobre el interior del ataúd.

Un grito horrísono se escapó de mi garganta al ver lo que aquel sarcófago contenía.

En el fondo del féretro, yaciendo sobre una cama de sinuosas serpientes que se agitaban amenazadoras, contemplé la momia más horrible que a ojos humanos le haya sido dado ver. Su rostro estaba terriblemente descompuesto y sus miembros retorcidos, como si la muerte hubiera sorprendido a aquel ser nauseabundo en una temblorosa convulsión. Su vientre y su pecho se hallaban vacíos y hundidos, y con una de sus descarnadas manos asía un metálico sistro que inopinadamente se estremeció.

De pronto oí un ruido detrás de mí y comprobé, aterrado, que los cuatro sarcófagos que me rodeaban estaban abriéndose. La horrenda momia se contrajo de súbito y sus vacíos ojos se abrieron, a la vez que su deprimida boca sonreía diabólicamente.

El terror me paralizaba, pero al ver que unas sombras comenzaban a abandonar sus cuatro sarcófagos, lanzando la linterna al suelo salí de la cámara y emprendí una loca carrera por el corredor, golpeándome contra las paredes. Corrí y corrí aterrado, rogando a Dios que el portillo por donde había entrado permaneciera todavía abierto. Tras de mí oía el ruido de grandes zancadas que se iban acercando y sentí que algo me tiraba de los cabellos, a la vez que una risa satánica se estrellaba contra los muros. Finalmente divisé un rayo de luz y, a punto de desplomarme a causa del horror, me lancé al suelo y repté por el estrecho agujero.

Al salir a la luz del sol continué corriendo enloquecido, sin mirar atrás, y me lancé a una carrera suicida en el jeep, hasta que me encontré lo suficientemente lejos de las ruinas de Dar-el-Sakar.

Deseoso de abandonar aquel lugar, y convencido de que cualquier intento para recuperar a mi cuñado resultaría inútil, hice mis maletas y, a la mañana siguiente, tomé en El Cairo un avión que me condujo hasta mi país.

Una vez en casa telefoneé a mi hermana y quedamos citados para el día siguiente, a fin de procurarle una explicación conveniente de los hechos.

Aquella misma noche, al deshacer las maletas, advertí que la más pequeña parecía haber sido abierta. Alarmado, la examiné ante el temor de que me hubieran sustraído alguna de mis pertenencias, y al levantar la tapadera,

retorciéndose sobre un inmenso montón de fragmentos de cerámica, se erigió hacia mi rostro una pequeña serpiente.

Aparté la cabeza horrorizado, lo que me salvó de una muerte segura, puesto que aquel ofidio era de una especie cuya picadura resulta mortal, y tomando un bastón de puño metálico golpeé repetidas veces la cabeza triangular de la serpiente hasta que quedó reducida a una pulpa sanguinolenta. Acto seguido me senté en un sillón para reponerme de la impresión recibida. Pero recordé al instante los guijarros sobre los que culebreaba el reptil cuando se lanzó sobre mí, y con toda clase de precauciones examiné el contenido de la maleta. Aquello eran los fragmentos de una pintura realizada sobre una base de cerámica, probablemente la copia de un retrato muy antiguo.

Lo fui examinando cuidadosamente, y al punto comprendí que resultaría una ardua tarea, cuando no imposible, la reconstrucción del cuadro así despedazado; algo infinitamente más difícil que la resolución del más complicado de los puzzles. No obstante lo cual, experimenté la sensación de que allí estaba la clave de Dar-el-Sakar. Probablemente, aquellos numerísimos fragmentos me permitirían, a juzgar por algunos indicios que creí percibir examinando varios trozos, la reconstrucción de un rostro de mujer. Con toda seguridad la tarea me llevaría varios meses, quizá años, pero supe que a la mañana siguiente comenzaría a intentarlo. Aunque me equivoqué.

Tan pronto me desnudé y me introduje en la cama, volví a oír el sonido del sistro. Alguien lo agitaba cadenciosamente desde la oscuridad, pero cuando encendí la luz y miré en derredor la vibración cesó y no pude ver a nadie. Me levanté creyendo que cerca de la cama había una serpiente que sacudía los anillos de su cola. En seguida me pareció que aquel tintinear metálico era producido por el entrechocar de las ajorcas presas en la garganta del pie de una bailarina sagrada. Pero unos segundos antes de que mis dedos oprimieran el pulsador de la luz comprendí que lo que llegaba a mis oídos era el sonido del sistro. Me levanté estremeciéndome de frío y abandonando el dormitorio pasé a una saleta inmediata. Sobre el tablero de la mesa reposaban las innumerables piezas del mosaico, tal y como las había dejado antes de que el sueño me rindiera. Sé que si algún día logro recomponer la figura oculta y diseminada entre los incontables pedazos alcanzaré la paz que me fue arrebatada en las riberas del gran río, junto a las ruinas de Dar-el-Sakar.